

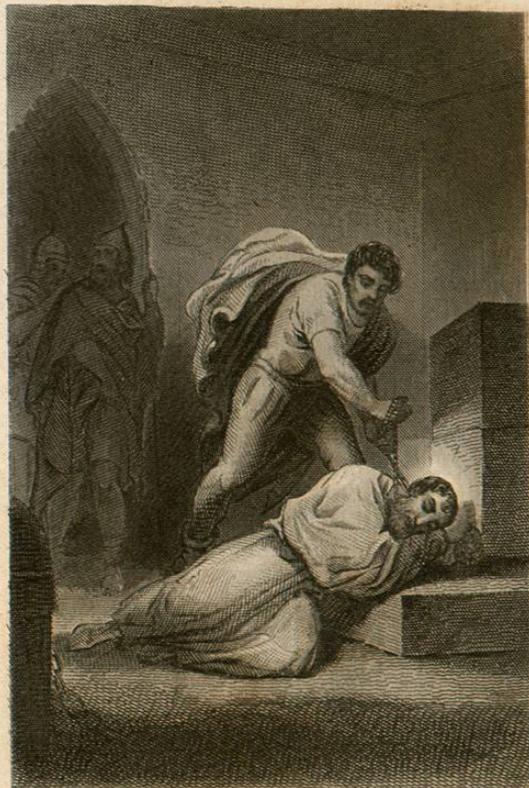
DIA SÉTIMO.

SAN PABLO, OBISPO Y MARTIR.

Fué san Pablo uno de los mas esclarecidos confesores de la divinidad de Jesucristo, y nació en Tesalónica de Macedonia hácia el principio del siglo cuarto. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios; y habiéndole dotado el mismo Señor de excelente ingenio, de una índole apacible y de costumbres muy inocentes, en breve tiempo hizo maravillosos progresos en las letras humanas y divinas; pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion.

Fué enviado á Constantinopla, siendo patriarca de aquella ciudad san Metrófanos, y desde luego se hizo admirar en ella su ingenio, su elocuencia y su eminente virtud; de suerte que, admitido en el cuerpo de la clerecía, fué nombrado por secretario del presbítero Alejandro, señalado por san Metrófanos para asistir en su nombre al célebre concilio de Nicea, y con esta ocasion es probable que estrechó con san Atanasio la fina amistad que los unió toda la vida. En ella conocieron tambien los arrianos que tenian en nuestro santo uno de los mas formidables enemigos de su secta, y desde entonces comenzaron á perseguirle como á tal. El año 318 sucedió san Alejandro á san Metrófanos, y conociendo el singular mérito y la elevada virtud de Pablo, le ordenó de presbítero y le encargó el cuidado de distribuir al pueblo el pan de la divina palabra.

Desempeñó tan felizmente este sagrado ministerio, que en breve tiempo mudó de semblante la ciudad



S. PABLO, O. Y M.

de Constantinopla inficionada ya de muchas herejias, y desacreditada con la licencia de las costumbres. Predicando tanto con sus ejemplos como con sus palabras, y no menos poderoso con sus virtudes que elocuente en sus discursos, hizo triunfar la fe, florecer la piedad, y desde entonces se declaró infatigable azote del arrianismo. Pocas horas antes de espirar, san Alejandro protestó á su clero que no hallaba sugeto mas digno de sucederle que el santo presbitero Pablo, cuya capacidad y virtud podian suplir la falta de los años, y que no debian atender á la resistencia que haria, sin duda, su humildad. Por mas artificios que usaron los arrianos para que la eleccion recayese en Macedonio, pudieron mas los católicos, y fué Pablo electo y consagrado en la basilica de la Paz con universal aplauso del clero y pueblo.

Tenia Macedonio tanta ambicion por aquella dignidad, como pocos deseos de ella nuestro santo, y no perdonó á diligencia alguna para desacreditarle, procurando manchar su reputacion con las mas feas calumnias; pero viendo el ningun fruto de sus malignos esfuerzos, y que no podia su malicia disminuir el concepto que se tenia de su virtud y de la pureza de su fe, afectó mucho arrepentimiento, y se fué á echar á los piés del nuevo obispo, que le recibió con ternura; y juzgándole sinceramente convertido, le confirió los órdenes sagrados hasta elevarle á la dignidad de sacerdote.

En medio de eso, aunque no tenia fundamento ni verosi militud la acusacion, como era una tela que habian urdido los arrianos, no la dejaron olvidar. Era como el jefe de esta secta Eusebio de Nicomedia, cuya ambicion mal satisfecha todavia con esta silla, adonde ascendió dejando la de Berito, jugaba todas las máquinas que podia mover para subir á la de

Constantinopla, y le pareció que, sosteniendo las acusaciones de Macedonio, tendría crédito y le sobrarían parciales para perder al santo prelado. Siempre han costado poco á los herejes las más atroces calumnias, y estando como sitiado de eusebianos el emperador Constantino, llenaron de tantas sus imparciales oídos contra el patriarca Pablo, que le desterró al Ponto, pero sin permitir que se pasase á elegir otro en su lugar; y no volvió el santo de su destierro, hasta que, muerto el emperador, salió el famoso decreto para que se restituyesen á sus iglesias todos los obispos desterrados.

Fácilmente se puede discurrir el gozo de las ovejas cuando vieron volver al santo pastor. Resonaban los gritos de regocijo por toda la ciudad; y como no tenía otros enemigos que los que lo eran de la religion, todos los católicos le salieron á recibir y le condujeron, como en triunfo, á su silla patriarcal. El primer sermón que predicó á su pueblo, encendió en todos los estados el zelo y el fervor, no acertando á admirar dignamente la mansedumbre, la paciencia y la caridad del santo patriarca. No ignoraba los artifices de las groseras calumnias que le habían levantado; pero imitando fielmente á Jesucristo, jamás se le oyó alentar una queja, ni se descuidó en una sola palabra que sonase á justificación; ejemplo de moderación que hizo grande impresión en los ánimos y obró portentosas conversiones.

Pero no duró mucho la calma; porque á la herejía nunca la desarma la virtud. Sucedió Constancio á su padre Constantino; y teniendo la desgracia de dejarse preocupar de los arrianos, no bien llegó á Constantinopla, cuando dió muestras de su indignación contra san Pablo; tanto, que, irritado más y más cada día por las sugerencias de los euse-

bianos, que continuamente le cercaban, resolvió despojarle de su silla. Mandó que se juntasen todos los obispos que se hallaban en la corte, y como todos estaban inficionados del arrianismo, hubo poco que hacer en sustanciar la causa; y sin ser siquiera oído el santo patriarca, fué depuesto como indigno del obispado, y colocado en su lugar Eusebio, el mismo que había forjado ó manipulado las calumnias y las acusaciones contra él.

Dió nuevo lustre á su virtud la tranquilidad y la humilde alegría con que recibió este nuevo sonrojo; pero considerándose inútil á su pueblo y poco seguro en Constantinopla, como también en todo el Oriente donde reinaba el arrianismo, favorecido del emperador Constancio, se retiró á los estados de Constante. Noticioso del benigno recibimiento que este religioso príncipe había hecho á san Atanasio y á todos los demás obispos que había arrojado del Oriente la persecución de los arrianos, pasó á buscarle á Tréveris y fué recibido de él con grandes muestras de estimación, de veneración y de bondad, prometiéndole su imperial protección para con su hermano Constancio. Era á la sazón obispo de Tréveris san Maximino, quien, conociendo el mérito de nuestro santo, hizo cuanto pudo para que no experimentase las incomodidades del destierro.

Poco tiempo después partió para Roma, donde se hallaba también san Atanasio y algunos otros obispos orientales de los desterrados y perseguidos. Distinguiólo mucho entre ellos el papa san Juliano, cuyas particulares demostraciones de cariño y de estimación acreditaron el especial concepto que hacía de su mérito y de su virtud. Convocó un concilio en Roma, donde fué examinada la causa de muchos obispos del Oriente perseguidos é injustamente despojados por los arrianos, á todos los cuales los res-

tableció el papa con su autoridad, mandándolos volver á sus iglesias.

Facilitó á nuestro santo el restituirse á la suya la muerte del usurpador Eusebio, que sucedió el año de 341 : libres ya los católicos del intruso arriano, recibieron por la segunda vez á su santo pastor como en nuevo triunfo ; pero como el partido de los arrianos no se habia enterrado con Eusebio, conducido por sus dos jefes Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, ordenó al presbitero Macedonio, que se habia hecho arriano, y despues se hizo heresiarca. Apoderóse de la silla patriarcal, acompañado de los sectarios, y quiso ser reconocido por obispo de Constantinopla. No pudieron sufrir los católicos que el legitimo pastor fuese arrojado de su silla tan injustamente, y se encendieron de manera que paró la disputa en abierta sedicion y en una especie de guerra civil.

Hallábase el emperador Constancio en Antioquia, donde recibió la noticia del desórden; y prevenido siempre contra nuestro santo en favor de los arrianos, dió orden á Hermógenes, maestre de campo de la milicia que marchaba á Tracia, para que pasase por Constantinopla y echase á Pablo de la ciudad. Fueron tantas las violencias que ejecutó aquel oficial con pretexto de su comision, que aumentó mas el incendio; tanto, que, irritados el clero y el pueblo contra él, no bastó toda la elocuencia del santo pastor para sosegarlos, ni pudo estorbar que tomasen las armas para defenderle. Creciendo el tumulto por la imprudencia de Hermógenes, le costó la vida, sin serle posible á san Pablo el retirarse. Noticioso el emperador de lo que pasaba en Constantinopla, partió de Antioquia con resolucion de hacer un ejemplar castigo de todos los que resultasen cómplices en la sedicion : con todo eso, se dejó aplacar á ruegos

del senado y á ninguno quitó la vida; pero descargó toda la cólera contra el santo patriarca, á quien trató con la mayor indecencia, arrojándole de la ciudad.

Pero estaba la dificultad en poder salir, porque los católicos guardaban las puertas dia y noche, protestando altamente que antes perderian todos la vida, que perder á su santo obispo; mas el caritativo pastor, porque no fuese maltratado su rebaño, á imitacion de otro Pablo, dispuso que secretamente le bajasen por la muralla dentro de una cesta, y con el mayor secreto que pudo se retiró á Tesalónica, lugar de su nacimiento. Cuando se supo en Constantinopla la fuga del santo prelado, fué extrema la desolacion de todo el pueblo; y llegando el suceso á los oidos del emperador Constante, el año siguiente fué llamado, y por la tercera vez restituido á su iglesia.

Habia consentido Constancio en esta restitucion por fuerza y contra su voluntad, por lo que dió entera libertad á los arrianos para que le persiguiesen cruelmente, y no cabe en la ponderacion lo que por espacio de cinco ó seis años le hicieron padecer aquellos enemigos de Jesucristo; insultos, calumnias, injurias, crueldades, nada perdonaron. Siendo la faccion arriana la mas poderosa en Constantinopla, abrigada con la proteccion del emperador, se vió el santo expuesto á mil indignos tratamientos y á continuos peligros de la vida, sin otra defensa que el amor de su rebaño.

Habia mucho tiempo que los obispos perseguidos del Oriente clamaban por un concilio general; consiguieronle, en fin, y se celebró en Sárdica el año de 347. Hallóse en él san Atanasio; pero á san Pablo no le permitió concurrir el clero ni el pueblo de Constantinopla, temiendo alguna emboscada de sus enemigos

en el camino. Depuso el concilio á Macedonio y confirmó á san Pablo, dando solemne testimonio de su inocencia.

Comenzaba el santo patriarca á gobernar su iglesia con alguna paz, cuando murió el emperador Constante el año de 350, y con esta ocasion volvió á excitarse la persecucion contra él. Libre ya Constancio del respeto y del miedo en que le tenia su hermano, y entregado enteramente á los arrianos, mandó prender al patriarca, y cargado de cadenas le envió primeramente á Singáres en Mesopotamia, despues á Emésa en Siria, y en fin, á Cucusa en los desiertos del Monte Táuro, famosa desde entonces por el destierro de nuestro santo y despues por el de san Juan Crisóstomo.

No es de admirar que los arrianos hubiesen perseguido tan cruel y tan obstinadamente á san Pablo, estando en opinion del mas ilustre y mas ardiente defensor de la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente del mas declarado y mas mortal enemigo de su secta. Por eso luego que le tuvieron en su poder, determinaron deshacerse de él, y con este fin le encerraron en un calabozo muy estrecho y muy oscuro, sin darle de comer, con esperanza de que el hambre le quitase la vida; pero entrando á verle al cabo de seis dias, y encontrándole todavía vivo, le ahogaron con un cordel el dia 7 de enero del año 351. Así murió este glorioso defensor de la consustancialidad del Verbo, despues de haber sido arrojado cuatro veces por los arrianos de su silla patriarcal, y padecido los mas bárbaros tratamientos que pudo inventar el furor de los herejes, terminando su carrera, despues de tan esforzados combates, por un ilustre martirio en el mismo lugar de su destierro. Diéronle sepultura en Cucusa, de donde poco tiempo despues fué elevado de la tierra su cuerpo con mucho honor y conducido á Ancyra, de donde el año de 381 el gran Teodosio le hizo trasladar con pom-

pa y con solemnidad á Constantinopla, conduciéndole como en triunfo, y colocándole en la iglesia de la Paz, que habia reedificado el impio Macedonio, enemigo y perseguidor de nuestro santo. Asegúrase que andando el tiempo, en el año de 1226, fué llevado el santo cuerpo á Venecia y depositado en la iglesia de San Lorenzo, donde es honrado y venerado con tanta devocion como concurso del pueblo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Constantinopla, la fiesta de san Pablo, obispo de la misma ciudad, que, echado muchas veces por los arrianos en odio de la fe católica y restablecido por san Julo, pontífice romano, fué desterrado por Constancio, emperador arriano, á Cucusa, ciudad chica de Capadocia, donde, habiendo sido cruelmente ahogado por manejos arrianos, pasó á mejor vida en el reino de los cielos. Su cuerpo fué trasladado á Constantinopla con los mayores honores, en tiempo del emperador Teodosio.

En Egipto, san Licarion, mártir, que, desgarrado, azotado con varillas de hierro rusciente y horriblemente atormentado de otros diferentes modos, puso fin á su martirio con la espada.

En el pueblo de San Pauliano del Velay, san Marcelino, obispo, cuyo cuerpo es venerado en Monistrol, en la iglesia de su nombre.

El mismo dia, santa Orcina, virgen, enterrada en San Víctor del Mans.

En Bretaña, san Meriadec, obispo de Vannes

En Savins, entre Provins y Sigy, san Lié, manco de peregrina hermosura.

En Cesarea en Palestina, el martirio de san Propicio, el primero de los que padecieron en Palestina durante la persecucion de Diocleciano.

En Alejandría, santa Potamiene, sirvienta, virgen y mártir, cuyo martirio, segun Pallade, fué referido por san Antonio á san Isidoro, el Hospitalario.

Entre los Griegos, santa Sebastiana.

En la diócesis de Aichstat de Baviera, san Diegro, abad de Hernried.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue :

Infirmittatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriae actionis gravat, beati Pauli martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum...

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestras culpas, sostenednos por la intercesion de vuestro bienaventurado mártir y pontífice Pablo, mediante la de nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina...

La epístola es del cap. 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius (Sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die: aestimati sumus sicut oves occisionis)? Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos. Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia pote-

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada (como está escrito: Por tí cada dia somos condenados á muerte: se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo)? Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó. Yo, pues, estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura,

rit nos separare à charitate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro.

ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesus Señor nuestro.

NOTA

« Escribió el Apóstol esta carta desde Corinto á los cristianos de Roma el año 58 de Jesucristo. Su asunto es sobre las disputas que los cristianos circuncidados, zelosos siempre de sus ceremonias, suscitaban en Roma como en otras partes contra los gentiles que abrazaban la fe y no se querian sujetar al yugo de la ley antigua. »

REFLEXIONES.

¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? Todo aquello que fuere contra su santa ley; todo lo que se opusiere á su espíritu; todo lo que fuere contrario á sus preceptos; en una palabra, todo aquello que extingue en nosotros la gracia y la caridad: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Demasiadas cosas son las que nos separan de él; una pasion, un vil interés, nuestro amor propio. ¿Disputa por largo tiempo el amor de Jesucristo la posesion de nuestro corazon al amor de las criaturas? ¿serán muy dificiles de romper las amorosas prisiones que nos unen á nuestro dulcísimo Salvador? ¿están muy apretados estos amorosos lazos? ¿habrá hoy muchas almas generosas que puedan desafiar á las tribulaciones, á las angustias, á las persecuciones, á la espada, á lo futuro, á lo presente, á la vida y á la muerte, para que prueben sus fuerzas y vean si son capaces de desunirlas del amor de Jesucristo? Apágase al menor soplo de viento este sagrado fuego; el amor de Jesucristo casi es peregrino y extranjero entre los cristianos; por lo menos es cierto que es muy raro; cualquiera otro amor va delante del amor

de Dios. Amase al mundo, ámase al propio interés, ámanse todos á sí mismos. Por tanto, en tratándose de satisfacer una pasión, todo se hace fácil. Mas que sean muy penosos los servicios que pide el mundo; mas que sus máximas sean muy pesadas y costosas; mas que se le tenga por un amo duro, ingrato y rígido; todo se traga, todo se tolera, á todo se sujetan los mundanos. ¿Porqué? Porque aman al mundo. Mas que sea menester trabajar, remar, sudar, consumirse, perder la salud por hacer fortuna, nada se consulta sino á la ambición; no solo se sacrifica el gusto y la quietud, sino la misma vida. Cada cual se ama á sí mismo, y todo lo demás ha de ceder á este amor. Mas ¿qué se hace por nuestro Dios, por su amor y por su gloria? ¿qué se piensa hacer? ¿qué se sacrifica? ¿En esos ambiciosos proyectos, en esas vastas ideas, en esas empresas peligrosas se le consulta á Dios? ¿caminase hácia ellas tomando por norte las luces de la fe? ¿sirve de regla el Evangelio á todas esas medidas? ¿cuéntase mucho con la salvación y con la religión para el gobierno de toda nuestra conducta? ¿Quién nos separará? Pero qué, ¿estamos muy unidos á Jesucristo? Juzguémoslo por nuestra tibieza, por nuestra indevoción, por nuestras máximas, por nuestra cobardía en el servicio de Dios, por nuestro desacato en el templo, por nuestra irreverencia. ¿Unidos á Jesucristo? no lo estamos sino á nuestra sensualidad, á nuestros sentidos, á nuestras conveniencias, á nuestras inveteradas costumbres, de las cuales no nos han podido desviar todos los amorosos, todos los solícitos halagos de Jesucristo: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¡Ah! que el día de hoy se había de preguntar por el contrario: ¿Qué cosa será capaz de obligarnos á amar á Jesucristo, si la memoria de sus beneficios, si la consideración de su muerte, si el motivo de nuestra eterna salvación, si los amables títulos

de Criador, de Redentor, de Salvador y de Padre no son bastantes para unirnos inseparablemente al que es nuestro soberano bien? Hemos tenido la desdicha de estar separados del amor de Jesucristo durante el curso de nuestra desordenada vida. Pues la muerte separará á un infeliz condenado de este mismo amor por toda la eternidad. ¡Buen Dios, qué cruel, qué funesta separación! ¡qué horrible! Pero esta es la desdichada suerte de todos los que mueren en vuestra desgracia.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Audistis quia dictum est : Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros, et benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in caelis est; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Habeis oído que se dijo : Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo : Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía la lluvia para los justos y para los injustos.

MEDITACION.

DE LA MURMURACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la murmuración es uno de los pecados mas graves, y por consiguiente cuyo perdón sea quizá mas dificultoso. El amor del prójimo es como la